

Dentro de pocos meses el estudio del español en  
toda en casa con el fin de la educación. Con-  
ducida por el mismo estudio. En que se habla  
preparado bien el estudio del español en el año  
estudio del inglés que los dos eran principales el año  
pasado. Han sostenido conversaciones en el idioma  
e imparcialidad con las discusiones. En año ha con-  
ducido a nuevas relaciones de amistad que ya han in-  
fluencia de nuestra profesión. Por lo tanto el  
libertad de acción en el estudio de los  
de con los que se han estado estudiando y el  
nuestro.

Quisiera por el estudio español que habia hecho  
estos meses de la escuela de San Juan. En in-  
portante como se celebró entre nosotros por nuestros  
profesores en las instituciones de la música en el estudio.  
en la enseñanza en el idioma español. No falta de por-  
negocios por no encontrar el estudio español y termino  
recomendando este estudio que no en favor de ninguna  
y llamo la atención de los señores de la Universidad de  
San Juan y la ilustración de los señores.

## DISCURSO

LEIDO LA NOCHE DEL 18 DE SETIEMBRE DE 1883, EN LA DISTRIBUCIÓN  
DE PREMIOS DEL COLEGIO DE SAN JUAN  
NEPOMUCENO DEL SALTILLO.





SEÑOR GOBERNADOR:<sup>1</sup>

**E**L mismo peligro y las mismas esperanzas, iguales temores é idénticos intereses, ligan con vínculo indisoluble á cuantos navegan en el mismo bajel. Desde el patrón hasta el último tripulante, lo mismo el timonel que el más insignificante pasajero, arribarán al puerto bajo el impulso del mismo viento, ó perecerán en el abismo devorados por las mismas olas y agitados por el propio vendaval. Conviene, por tanto, en semejantes casos que exista una perfecta unión entre el que manda y el que debe ejecutar las órdenes; y á más de la obediencia ciega, es indispensable la confianza en el jefe y la identidad de sentimientos en-

<sup>1</sup> El Sr. D. Evaristo Madero.



gendrada por antigua y severa disciplina, y corroborada por esa especie de fraternidad que da el riesgo común, y la conciencia de que no salvándose juntos, todos juntos perecerán. No llevéis á mal que un Obispo, aunque en este momento lejos del altar, empiece un discurso académico con la egregia comparación que el Pontifical Romano pone en sus labios al conferir el orden del presbiterado. *Quoniam rectori navis et navigio deferendis eadem est vel securitatis ratio vel communis timoris, par eorum debet esse sententia, quorum causa communis existit.*

Agitada, en verdad, por diversos vientos, se ha visto la navecilla de este Colegio, de que, aunque en aparente inacción, me toca conducir el gobernalle; pero gracias á esa unidad de miras, á esa identidad de sentimientos, á esa uniformidad de maniobras, ha podido seguir su curso sin la menor zozobra, sin el menor retardo, cual si en derredor suyo reinara la calma y no silbara el huracán. Una prueba de ello tenéis en este concurso tan selecto como variado; en el número de alumnos siempre creciente y ya muy respetable; en los exámenes públicos de que habéis sido testigos los últimos días, y á que he tenido yo mismo la satisfacción de asistir.

Educados los directores del Colegio de San Juan en la misma escuela y con la propia disciplina que vuestro Obispo; habiéndose algunos de ellos sentado casi contemporáneamente conmigo en los mismos bancos y bajo el techo de la misma Universidad, podéis comprender que, sin el menor impulso de mi parte, sin necesidad de advertencias ó indicaciones, el método y la disciplina tenían que ser conforme á mi mente, que es la de ellos, según mis deseos y mis convicciones. Lo que ellos y yo

aprendimos en nuestra temprana juventud, en lejanas tierras y en planteles de alto renombre, gastando para ello nuestras fuerzas y nuestros mejores años, deseamos ardientemente comunicarlo á los habitantes de estas regiones que el Príncipe de los Pastores ha puesto bajo mi cuidado, sin reservarnos ni una mínima porción de lo que pudimos adquirir, y de que ansiamos hacer á todos partícipes, repitiendo con el inspirado autor del libro de la Sabiduría: *sine fictione didici, sine invidia communico.*

No se contentaron nuestros maestros con hacernos aprender en dos años y á toda prisa la gramática latina, ni creyeron bastante obligarnos á hojear rápidamente algunas páginas fáciles de Cicerón ó de Virgilio. Terminado el primer bienio, vimos otro bienio, y aun otro más delante de nosotros; á semejanza del viajero que, cruzando escarpada serranía, al llegar á la cumbre de un monte, ve otros delante de los ojos, que le parecen los más altos; pero una vez que ha subido, divisa otros y otros, antes que se extienda á sus piés la deseada llanura. A semejanza también del fatigado caminante, sentimos en la penosa travesía cansancio y ansiedad; pero nuestros guías, previsores y humanos, se valieron de esos artificios, que el tiempo y la experiencia han enseñado ser los mejores para que la niñez y la juventud no se rindan bajo el fastidio que, en esa edad, tiene que engendrar el estudio. Algunos de estos prudentes ardidés se han puesto en planta ya en nuestro Colegio; y quizás, oh padres de familia, os habrán hablado vuestros hijos de esas banderías de Roma y Cartago en que está dividida cada clase; de esos leones y esas águilas en perpetua batalla; de las coronas imperiales y mantos de consu-



les, de los triunfos del vencedor en las justas literarias, y del ominoso paso bajo el yugo á que, en reminiscencia de antiquísimas costumbres, tiene que sujetarse el vencido.

De cuánto sirvan estos continuos certámenes, y este modo de dorar la copa, para el niño amarga, de los primeros estudios, lo habéis empezado á palpar. A pesar de la aversión que en muchas partes del viejo y del nuevo mundo se empieza á notar hacia los idiomas antiguos; aunque casi ninguno de nuestros escolares piensa por ahora dedicarse á carreras en que, conforme al método moderno, sea absolutamente indispensable el aprendizaje profundo del latín, hemos visto lo que podemos reputar verdadero portento: niños que sin cansarse han permanecido tres y aun cuatro años entregados al estudio de las humanidades, y otros que han podido presentar en latín un acto lucido de Filosofía, y en latín disertar, en latín argüir, en latín disputar.

¿Y á qué gastar tanto tiempo, me diréis, en el estudio de una lengua, que ya sólo sirve al sacerdote para leer la misa? Ni aun las recetas de los médicos se escriben ya universalmente en latín, ni se estudia el Derecho Romano, si no es en traducciones. No sólo; sino que hasta la *Summa* de Santo Tomás de Aquino se puede leer en francés y en castellano; y existen versiones en idiomas modernos de todos los clásicos de la antigüedad.

No seré yo quien responda á estas preguntas, ni procure disipar vuestras dudas. Una voz más autorizada y nada sospechosa será la que se eleve esta noche en favor del método de enseñanza que aquí seguimos; voz no de clérigo ni de monje, sino de uno de los partidarios acérrimos de los principios revolucionarios, y que lejos de

brillar por su religiosidad, murió hace pocos años como había vivido: sin pronunciar una plegaria ni rendir al Dios de los cristianos culto ninguno. Oid y juzgad:

“El estudio de las lenguas muertas no es únicamente un estudio de palabras, sino un estudio de cosas: es el estudio de la antigüedad con sus leyes, sus costumbres, sus artes, su historia tan moral, tan profundamente instructiva. No hay más que una edad para aprender todas estas materias, y es la infancia. Una vez que ha llegado la juventud con sus pasiones y su tendencia á la exageración y al mal gusto, y la edad madura con sus intereses positivos, pasa la vida sin que hayamos dado un momento al estudio de un mundo, muerto como las lenguas que nos abren la entrada del mismo. Si una curiosidad tardía nos atrae hacia él, sólo á través de pálidas é insuficientes traducciones podemos penetrar en esa hermosa antigüedad. Y en un tiempo en que las ideas religiosas se han debilitado, si el conocimiento de la antigüedad también se desvaneciera, no formaríamos ya sino una sociedad sin vínculo moral con lo pasado, instruida y ocupada tan sólo en lo presente; una sociedad ignorante, envilecida, propia exclusivamente para las artes mecánicas.”<sup>1</sup>

Parecen estas palabras (¿no es verdad?) del Cardenal Newman, ó de alguno de los religiosos y entusiastas admiradores del método de enseñanza que la Iglesia Católica ha adoptado como suyo y recomienda constantemente. Muy lejos de eso, las escribió en una edad comparativamente temprana, y no las borró ni enmendó en

<sup>1</sup> Thiers, *Le Consulat et l'Empire*, liv. XVI.